

TRABAJO DE CAMPO

El corazón golpeaba en su pecho. Había olvidado tener en cuenta su -solo hasta hoy, quizá-moderada hipertensión.

Claro que también de eso se trataba: evaluar el sustrato bio-síquico del fenómeno en estudio: "La consumación del acto delictivo. Una mirada antropológica". Tenía que tomar notas. Lo evidente: el miedo. O nervios. Palpitaciones, temblores, transpiración. Las anotaciones no lucían muy prolifas. Aunque... Sí, debía precisar más el título, agregando "Primariedad".

La ejecución real, lo más real posible, de un primer ilícito en la vía pública con fines científicos, es decir, criminológicos, era sin dudas una buena idea para el trabajo final de la especialidad.

Las corridas allá abajo y los gritos fueron cesando. Aflojó los músculos de la espalda contra el tanque de agua al pie del cual se había sentado y repasó someramente los techos vecinos, que alternaban en su forma, color, altura, el trazo negro de los cables y las pobres cúpulas de reserva de agua. Adelante y arriba, un cielo muy diáfano y dominante porque no había edificios de altura. Llevó la mano a la billetera robada. Sí, ahí estaba el botín, frío e incriminante. Desde su escondite levantó la vista y observó la ropa tendida cerca suyo pensando que alguien podría venir a recogerla pronto. Buscó señales de agua en el suelo y su mirada reposó en las sombras ondulantes de las prendas abrochadas a la soga. Las nítidas figuras se movían al son que les imponía la brisa o saltaban si eran alcanzadas por las frecuentes ráfagas como si fueran impulsadas por un wagneriano estallido de metales, y sin embargo con el opaco sonido de las telas.

Adormilado se interrogó, científico al fin, si este interés por las sombras del suelo era propio de un delincuente común o lo tenía precisamente porque no lo era. En fin, por exiguos que fueran los aportes del experimento, al menos serían genuinos. Prestó atención al vaivén de las piernas del pantalón a veces acelerado por las rachas y observó que se entrecruzaban, se doblaban por las rodillas, se separaban simétricamente... o no. Por momentos una manga parecía patear cómicamente el calzoncillo de al lado, que la esquivaba con cierto temblor. Levantó la vista y no encontró en la ropa colgada una gracia semejante a pesar de los colores. El juego de las sombras que se adelgazaban, se ensanchaban, y subibajaban, gozaba de cierta autonomía. Mas allá reparó en la sombra de un bonito y liviano vestido juvenil con finos breteles que brillaba al sol. Se bamboleaba volviéndose repetidamente, como deseando llamar la atención del pantalón, de modo que uno podía imaginarse fácilmente cómo lo haría una muchacha. Pero el pantalón insistía con el calzoncillo palpitante. Las camisas, eran amigos discutiendo de fútbol con ampulosas gesticulaciones de mangas. En la ciudad no se hablaba más que del mundial. En conjunto semejaban un baile de amputados felices. "Matisse" -sonrió- "Sin sus azules".

- La policía ya se fue.

Con la sorpresa saltó el lápiz. La niña tendría unos nueve años y está sentada al borde del muro con las piernas largas una sobre la otra y una muñeca en la falda.

- Hola -pudo decir mientras preparaba la mente para el dialogo que se venía.
- La señora al final decía que solo le interesaban los documentos y las fotos de sus nietos.

¿Cómo se había dejado sorprender?

Ese adormilamiento... ¿Sería hipotensión? De la billetera extrajo una cédula de identidad, una tarjeta del PAMI, tres pequeñas fotografías y las colocó a un costado. La nena bajó y los tomó.

- ¿Viste todo?
- Sí, yo estaba en la ventana con Ñoñi -movió un poco la muñeca- Mi casa es aquella. Parecía ser la de estilo antiguo, más bien viejo, con planta alta y balcón de metal que daba a un patio interno
- ¿Tu mamá sabe que estás acá?
- No, mi mamá está trabajando.
- Y tu papá también entonces.
- No tengo papá.
- ¿Estás sola?
- Viene una señora a cuidarme pero ahora se fue al supermercado.
- Seguro que ella no te deja subir a los techos.
- No, no me deja, pero cuando se pone a mirar la novela yo me escapo y ni se da cuenta.
- ¿No tenés miedo aquí?
- Solo le tengo miedo a unos perros que están en un patio más allá. Hablaba con mucha tranquilidad y como imitando a un adulto. De repente dio la espalda y desapareció tras la pared.

Otra vez el sueño. Estaba claro que la primera secuela del hecho sería la pérdida de la regularidad tensional, que había estado siempre estable, dos puntos por encima de lo normal. Tendría que anotar. Se quedó dormido. En el sueño volvió a aparecer la nena -olvidó preguntarle como se llamaba- pero tenía puesto el vestido de la sogá con el escote llegándole al ombligo. Estaba en cuclillas observándolo atentamente desde muy cerca, y se había pintado exageradamente los ojos, labios y mejillas. Su cabello estaba recogido sobre la cabeza. Estaba preciosa. Con el brazo izquierdo sostenía a Ñoñi. Le tocó cara y le acomodó el cuello de la camisa. Ahora toma su hombro derecho y aprieta. Se lo mueve.

- ¡Epa! Eso duele. Abre los ojos y allí está la nena de la pared tal cual la había visto antes. El policía retiraba la mano de su hombro. Tenía la billetera y lo miraba sin rencor desde la altura.
- Vamos Doctor que nos están esperando.

Se levantó y lo siguió hasta una escalera de hierro adosada a la pared y bajaron. En la calle lo esperaba el furgón del hospital, oscuro y sin sirena.

El chofer y el enfermero lo saludaron amistosamente con un choque de manos a la altura de los hombros y partieron. Lo último que vio el policía cuando se alejaban fue que el paciente pedía de muy buen talante un cigarrillo y el chofer se llevaba una mano al bolsillo de la camisa. La nena tomó de la mano al uniformado y caminaron hacia la casa.